

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
COMISIÓN PERMANENTE
Mensaje

VIAJE APOSTÓLICO A ESPAÑA 2003

Seréis mis testigos

19 de febrero de 2003

Como obispos del Pueblo de Dios, nos dirigimos a todos los cristianos y hombres y mujeres de buena voluntad para anunciaros el próximo viaje apostólico de Juan Pablo II a España, que será sin duda un acontecimiento de gracia para la Iglesia. Lo hacemos con gratitud, gozo y esperanza. Gratitud por acoger de nuevo, por quinta vez, al Vicario de Cristo, predicador infatigable del Evangelio, testigo y maestro de su verdad, garante de la unidad en la Iglesia que, pese a su fragilidad física, es un testimonio viviente de la fortaleza espiritual. Gozo profundo, al sentirnos acompañados por aquel que ha recibido del Señor el carisma de confirmar a sus hermanos¹. Y esperanza, porque, al igual que en viajes anteriores, la Iglesia y la sociedad se sentirán confortadas e iluminadas por su testimonio y magisterio. Os invitamos, pues, a dar gracias a Dios y a prepararos con nosotros para acoger a quien viene en el nombre del Señor. Oremos ya desde ahora por el fruto de este viaje que constituye un motivo más de esperanza para la Iglesia de este nuevo milenio.

1. La visita del Papa, aliento de esperanza

Los obispos españoles hemos querido acoger el feliz y sugerente lema que el Santo Padre ha lanzado

2. Con los santos, llamados a ser testigos

Vivir así nos convierte en testigos de Cristo, el Señor resucitado. Deseamos, por ello, que la visita del Papa nos fortalezca en nuestra vocación de *testigos del Señor*. Esa fue la misión que Cristo nos dejó en su partida: «*¡Seréis mis testigos!*»⁵. Esta hermosa tarea ha sido realizada de forma eminente por los santos. En ellos ha brillado con fuerza seductora el testimonio de Cristo. Ellos, con su persona y sus obras, han esparcido por toda la tierra el buen olor de Cristo. De ahí nuestra convicción en el Plan Pastoral: «*La floración de santos ha sido siempre la mejor respuesta de la Iglesia a los tiempos difíciles*»⁶, pues sólo una Iglesia de santos aparece nítidamente como fuente de esperanza para el mundo. Comprenderéis por tanto nuestro gozo y el de toda comunidad cristiana en España al anunciaros que el Papa canonizará a cinco miembros de nuestra Iglesia que vivieron la caridad de forma heroica en el siglo XX y serán propuestos, por tanto, como testigos del Señor y modelos para nuestro tiempo y para las generaciones venideras.

Estos son los nombres de quienes se incorporarán a la gloriosa multitud de testigos de la Iglesia en España que alientan nuestra fe (cf. Hb 12,1): **Pedro Poveda**, nacido en Linares (Jaén), sacerdote mártir, educador, fundador de la Institución Teresiana y «*amigo fuerte de Dios*»; **José María Rubio**, nacido en Dalías (Almería), sacerdote jesuita, apóstol de los barrios de Madrid; **Genoveva Torres**, originaria de Almenara (Castellón), virgen, fundadora de las Religiosas Angélicas, conocida popularmente como «*ángel de la soledad*»; **Ángela de la Cruz**, sevillana, virgen, fundadora de las Hermanas de la Cruz, conocida como «*la madre de los pobres*», y la madrileña **María Maravillas de Jesús**, virgen, carmelita descalza y fundadora de numerosos carmelos.

¡Gloria a Dios en sus santos!, podemos decir llenos de gratitud, gozo y esperanza. Son ellos, en verdad, quienes certifican que la fidelidad de Dios con su pueblo es eterna, y que la Iglesia nunca deja de ser la esposa fecunda de Cristo que ofrece a los hombres de todos los tiempos frutos maduros de santidad.

La canonización de estos miembros de la Iglesia contemporáneos nuestros nos recuerda que la

Concilio Vaticano II, la «*profesión de la fe*» y la «*vida de fe*»⁹, es decir, si lo que confesamos con nuestros labios lo hacemos verdad con las obras de nuestras manos. Esta *unidad de vida*, que es el *test* certero de la autenticidad cristiana, nos llevará sin duda a una creatividad pastoral que abra caminos al Evangelio especialmente en los ambientes y lugares donde la oscuridad se cierra a la luz de Cristo. La valentía y fortaleza apostólica con que los nuevos santos se entregaron sin reservas a Dios y a los hombres, y el fruto abundante de su entrega, es el mejor estímulo para saber que Dios siempre está al lado de quienes se fían de Él, y hace fecundos todos sus trabajos.

4. Los jóvenes y la transmisión de la fe

Queremos invitar de modo especial a los jóvenes, hacia quienes el Papa ha mostrado siempre su particular predilección y cariño instituyendo incluso las Jornadas Mundiales de la Juventud, cuya última celebración en Toronto permanece aún viva en el recuerdo de quienes participamos. El Papa confía en vosotros. Cuenta con vosotros para el anuncio del Evangelio a las nuevas generaciones; os considera los «*centinelas del mañana*», es decir, los que vigilan a la salida del sol para ponerse en camino y comunicar la única verdad que salva: Jesucristo, el Señor. Por eso, ha querido dedicaros un acto especial en la tarde de su llegada, para alentaros en vuestra vocación de apóstoles y testigos del Señor. El Papa confía en que los «*muchos espejismos*» y las «*parodias de felicidad*» que el mundo de hoy os ofrece no serán capaces de ahogar «*la esperanza que brota eternamente en el corazón de los jóvenes*»¹⁰. Recordad siempre sus palabras: «*la mayor fuente de infelicidad es el espejismo de encontrar la vida prescindiendo de Dios, de alcanzar la libertad excluyendo las verdades morales y la responsabilidad personal*»¹¹.

Os animamos, por tanto, a vivir vuestra fe con la fuerza de la juventud y el gozo de ser amigos fieles de Cristo que no se arredran ante las dificultades sino que se crecen frente a ellas con la esperanza puesta en quien es «*el camino, la verdad y la vida*»¹². Los santos que el Papa canonizará fueron jóvenes como vosotros, llenos de energía, ilusión y ganas de vivir. El encuentro con Cristo transformó sus vidas y la esperanza de la vida eterna sedujo su corazón e hizo de ellos testigos de la Vida con marzúculos.

sabias indicaciones para la vida cristiana. Nuestra invitación, llena de respeto y afecto, se dirige también a quienes aun no siendo creyentes, valoran y aprecian la autoridad moral y el servicio impagable que el Santo Padre presta al mundo defendiendo los derechos humanos, la dignidad de la persona y la causa de la paz.

Con este mensaje, anuncio gozoso de la venida del Santo Padre, hemos expresado nuestra esperanza en el fruto pastoral del Viaje del Papa. Sólo nos queda encomendarlo a la oración de la Iglesia y a la intercesión de Santa María, Madre de la Iglesia y Reina de todos los santos. A ella, *testigo incomparable de Cristo*, nos dirigimos en este Año del Rosario y le pedimos que vele por la barca de Pedro, la Iglesia que peregrina entre luces y sombras por los senderos de la historia, con la mirada puesta en su Señor resucitado, fuente de vida y de esperanza para todos los hombres. Que proteja al Santo Padre y haga muy fecunda su visita a España. Y que, como Madre, aliente la vida de nuestras iglesias, de nuestras familias y de cada cristiano para que seamos testigos valientes del Señor que ha hecho de nosotros «*luz del mundo y sal de la tierra*». Ella, como en Caná de Galilea, nos dice también a nosotros: «*Haced lo que Él os diga*» (Jn 2,5).

NOTAS:

[1] Cf. Lc 22,32.

[2] A. M.^a Rouco Varela, Discurso inaugural de la LXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Madrid, 18/22-11-2002, III.

[3] Hch 3,6.

[4] Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 34.